

la experiencia sea un contrasentido para los partidos, como lo es para la juventud. Los grandes señores y las gentes ricas, que imitarán siempre á los grandes señores, han alejado en todas las épocas sus casas de los lugares muy habitados. Bajo el reinado de Luis XVI, el duque de Uzés se construyó en un rincón de París, desierto entonces, el hermoso palacio á cuya puerta puso la fuente de la calle de Montmartre, acto benéfico que, aparte de sus virtudes, le hizo objeto de una veneración tan popular, que el barrio siguió en masa á su entierro. Pero tan pronto como las fortificaciones se derribaron y los pantanos situados al otro lado de los bulevares se llenaron de casas, la familia de Uzés dejó su hermoso palacio, que está habitado hoy por un banquero. La nobleza, comprometida en medio de las tiendas, abandonó la Plaza Real, los alrededores del centro parisiense, y pasó el río, á fin de poder respirar á su gusto en el arrabal Saint Germain, donde se habían levantado ya algunos palacios en torno del que Luis XIV había construido ya al duque de Maine. Para las gentes acostumbradas á los esplendores de la vida, ¿hay en efecto nada más innoble que el tumulto, el barro, los gritos, los malos olores y la estrechez de las calles populosas? Las costumbres de un barrio comerciante ó manufacturero, ¿no están completamente en desacuerdo con las costumbres de los grandes? El comercio y el trabajo se acuestan en el momento en que la aristocracia piensa en comer; los unos se agitan ruidosamente cuando el otro descansa, y sus cálculos no coinciden nunca, porque los unos son la factura, y la otra es el gasto. De aquí costumbres diametralmente opuestas. Esta observación no tiene nada de despreciable. Una aristocracia es en cierto modo el pensamiento de una sociedad, como la burguesía y los proletarios son su organismo y su acción. De ahí el que estas fuerzas exijan lugares diferentes, y de su antagonismo nace una antipatía aparente que produce la diversidad de movimientos que tienden, sin embargo, á un objeto común. Estas discordancias sociales resultan tan lógicamente de toda carta constitucional, que el liberal más dispuesto á quejarse por ellas como un atentado contra las sublimes ideas bajo las cuales ocultan sus designios las ambiciosas clases inferiores, encontraría prodigiosamente ridículo que el señor de Montmorency viviese en la calle de San Martín, en la esquina ó de la calle que lleva su nombre,

ó que el señor duque de Fitz James, descendiente de la raza real escocesa, tuviese su palacio en la calle de María Estuardo, esquina á la calle de Montosqueil. *Sint ut sint, aut non sint*, estas hermosas palabras pontificales pueden servir de divisa á los grandes de todos los países. Este hecho patente en todas las épocas y aceptado siempre por el pueblo lleva en sí razones de Estado, es á la vez un defecto y una causa, un principio y una ley. Los moros tienen un buen sentido que no les abandona nunca hasta que las gentes de mala fe los apasionan. Este buen sentido descansa en verdades de un orden general, tan ciertas en Moscou como en Londres, tan ciertas en Génova como en Calcuta. En todas partes cuando reunáis familias de fortuna desigual en un espacio dado, veréis que se forman círculos superiores, patricios de primera, segunda y tercera clase. La igualdad será tal vez *un derecho*, pero ningún poder humano sabrá convertirla en *hecho*. Para la dicha de Francia sería muy útil popularizar este sentimiento. Los moros menos inteligentes reconocen aun los beneficios de la harmonía política. La harmonía es la poesía del orden, y los pueblos sienten una viva necesidad de orden. La concordia de las cosas entre sí, la unidad, para decirlo todo en una palabra, ¿no es la más amplia expresión del orden? La arquitectura, la música, la poesía, todo en Francia, más que en ningún otro país, se apoya en este principio, que, por otra parte, está escrito en el fondo de su puro y claro lenguaje y la lengua será siempre la fórmula más infalible de una nación; así, veis al pueblo adoptando aquí los aires más poéticos, los mejor modulados, adhiriéndose á las ideas más sencillas, gustando los motivos sucesivos que contienen mayor número de pensamientos. Francia es el único país del mundo donde una frase insignificante puede hacer una revolución. Las masas no se han revolucionado aquí nunca más que para intentar poner de acuerdo los hombres, las cosas y los principios. Ninguna nación siente mejor el pensamiento de unidad que debe existir en la vida aristocrática, tal vez porque ninguna otra ha comprendido mejor las necesidades políticas: la historia no la encontrará nunca atrasada. Francia se ha engañado á veces, pero, cual una mujer, se ha engañado por ideas generosas, por sentimientos calurosos cuyo alcance no puede calcularse en un principio.

Así pues, como primer rasgo característico, el arrabal

Saint Germain tiene el esplendor de sus palacios, sus grandes jardines y su silencio, que estaba antaño en armonía con la magnificencia de sus fortunas territoriales. Este espacio comprendido entre una clase y una capital, ¿no es una consagración material de las distancias morales que deben separarlos? En todas las creaciones la cabeza tiene su lugar propio. Si por casualidad una nación hace caer á su jefe á sus pies, tarde ó temprano se apercibe de que se ha suicidado, y como las naciones no quieren morir, trabajan para rehacerse una cabeza. Cuando la nación no tiene ya fuerza, perece, como perecieron Roma, Venecia y tantas otras. La distinción introducida por la definición de costumbres entre las demás esferas de la actividad social y la esfera superior, implica necesariamente un valor real y capital en los nombres aristocráticos. En todo Estado, cualquiera que sea la forma que adopte el gobierno, cuando los patricios carecen de sus condiciones de superioridad completa, pierden su fuerza, y los pueblos los derriban en seguida. El pueblo quiere verle siempre en las manos en el corazón y en la cabeza, la fortuna, el poder y la acción; la palabra, la inteligencia y la gloria. Sin este triple poder, todo privilegio se desvanece. Los pueblos, lo mismo que las mujeres, quieren que sea fuerte el que los gobierne, su amor no carece de respeto y no rinden nunca obediencia al que no los impone. Una aristocracia desacreditada es como un rayo holgazán, como un marido con faldas; es nula antes de no ser nada. Así, la separación de los grandes, sus costumbres cortadas, en una palabra, el traje general de las caras patricias es á la vez el símbolo de un poder real y la razón de su muerte cuando han perdido el poder. El arrabal Saint-Germain se ha dejado anular momentáneamente por no haber querido reconocer las obligaciones de su existencia que aun era fácil perpetuar. Debía tener la buena fe de ver á tiempo como lo vió la aristocracia inglesa, que las instituciones tienen sus años climatéricos en que las mismas palabras no tienen las mismas significaciones, en que las ideas toman otros hábitos y en que las condiciones de la vida política cambian por completo de forma sin que el fondo se haya alterado esencialmente. Estas ideas exigen ser desarrolladas por pertenecer esencialmente á esta aventura, en la que entran con definición de las causas y como explicación de los hechos.

La grandiosidad de los castillos y de los palacios aristocráticos, el lujo de sus detalles, la suntuosidad constante de sus muebles, el feliz propietario rico antes de nacer, y además la costumbre de éste de no descender al cálculo de los intereses cotidianos y mezquinos de la existencia, el tiempo de que dispone, la instrucción superior que puede adquirir prematuramente, en fin, las tradiciones patrias que le dan fuerzas sociales que apenas compensan sus adversarios con estudios, voluntad y vocación tenaces, todo debería elevar el alma del hombre que posee tales privilegios desde la infancia y debía imprimirle ese elevado respeto de sí mismo, cuya menor consecuencia es una nobleza de corazón en armonía con la nobleza del nombre. Esto es cierto en algunas familias. Aquí y allá, en el arrabal Saint-Germain, se encuentran hermosos caracteres, excepciones que difieren del egoísmo general que causó la pérdida de aquel mundo aparte. Estas ventajas son adquiridas por la aristocracia francesa como por todas las eflorescencias patrias que se produzcan en la superficie de las naciones mientras basen su existencia en el *dominio*, lo mismo *dominio suelo que dominio dinero*, única base salida de una sociedad regular; pero estas ventajas sólo son poseídas por los patricios, mientras que éstos se mantienen en las mismas condiciones en que se hallaban cuando el pueblo se las dió. Son especie de feudos morales, cuya posesión obliga para con el soberano, y hoy aquí el soberano es indudablemente el pueblo. Los tiempos han cambiado y también las armas. El infante que tenía suficiente antes con llevar la cota de malla y el casco, y con manejar bien la lanza y enseñar el pendón, debe dar hoy pruebas de inteligencia; y allí donde no se necesitaba más que un gran corazón, se necesita hoy una gran cabeza. El arte, la ciencia y el dinero forman el triángulo donde se inscribe el escudo del poder y del que debe proceder la moderna aristocracia. Un teorema hermoso vale tanto como un gran nombre. Los Rotschild, esos Jugger modernos, son príncipes de hecho. Un gran artista es realmente un oligarca, representa todo un siglo y se convierte casi siempre en una ley. El don de la palabra, las máquinas de alta presión del escritor, el genio del poeta, la constancia del comerciante, la voluntad del hombre de estado que concentra en sí mil cualidades deslumbrantes, la espada del general, esas conquistas personales hechas por uno solo sobre toda

la sociedad, todo esto es lo que debe esforzarse en tener hoy la clase aristocrática como monopolio, como antaño la fuerza material. Para permanecer al frente de un país no es preciso siempre ser digno de dirigirlo y ser su alma y su espíritu para hacer obrar á las manos? ¿Cómo dirigir un pueblo sin tener los poderes para mandarlo? ¿Qué sería el bastón de los mariscales sin la fuerza intrínseca del capitán que está á sus órdenes. El arrabal Saint Germain ha jugado con bastones de mando creyendo que eran todo el poder. En lugar de arrojar las insignias que odiaba el pueblo y de conservar secretamente la fuerza, ha dejado que la burguesía se apodere de ésta, se ha agarrado fatalmente á las insignias y ha olvidado constantemente las leyes que le imponía su debilidad numérica. Una aristocracia que personalmente apenas constituye la milésima parte de la sociedad debe hoy como antes multiplicar sus medios de acción para oponer en las grandes crisis un contrapeso igual al de las masas populares. En nuestros días, los medios de acción deben ser fuerzas reales y no recuerdos históricos. Desgraciadamente en Francia la nobleza empacha con su antiguo poder desvanecido; tenía contra sí una especie de presunción de la que era difícil que se viese libre. Esto es tal vez un defecto nacional. El francés, más que ningún otro hombre, no mira nunca para el que está debajo de él, va siempre del grado en que se halla al grado superior, rara vez compadece á los desgraciados sobre los cuales se eleva y gime siempre al ver tantos afortunados por encima de él. Aunque tenga mucho corazón, prefiere siempre escuchar á la cabeza. Este instinto nacional que hace ir siempre hacia delante á los franceses, es la vanidad que roe sus fortunas y las rige tan absolutamente como rige á los holandeses el principio de economía. Dominó por espacio de tres siglos á la nobleza, la cual, desde este punto de vista, fué eminentemente francesa. El hombre del arrabal Saint Germain siempre ha deducido su superioridad intelectual de su superioridad material. Todo en Francia le ha convencido de esto porque desde el establecimiento del arrabal Saint Germain, revolución aristocrática comenzada el día en que la monarquía dejó á Versalles, el arrabal Saint Germain, salvo algunas lagunas, se ha apoyado siempre en el poder, que será siempre en Francia más ó menos arrabal Saint Germain; de aquí su derrota en 1830. En aquella época era como un ejército ordenado

sin tener base. No se había aprovechado de la paz para implantarse en el corazón de la nación. Pecaba por un defecto de instrucción y por una falta total de vista sobre el conjunto de sus intereses. Mataba un porvenir seguro en provecho de un presente dudoso. He aquí tal vez, la razón de aquella falsa política. La distancia física y moral que aquellas superioridades se esforzaban en mantener entre ellas y el resto de la nación, ha dado por fatal resultado, de cuarenta años á esta parte, mantener entre la clase alta, el sentimiento personal, aniquilando el patriotismo de casta. Antaño, cuando la nobleza francesa era grande, rica y poderosa, los hidalgos sabían escoger jefes en medio del peligro y obedecerles. Al ser menor número, se han mostrado indisciplinados, y como ocurrió en el bajo imperio, cada uno de ellos quería ser emperador, pues al verse todos iguales por su debilidad, se creyeron todos superiores. Cada familia arruinada por la revolución, arruinada por el reparto igual de los bienes, no pensó más que en sí, en lugar de pensar en la gran familia aristocrática, y les pareció que si todos enriquecían, el partido sería fuerte. Error. El dinero no es tampoco más que una señal del poder. Compuestos de personas que conservaban las altas tradiciones de la buena urbanidad, de la elegancia verdadera, de hermoso lenguaje, de gazmoñería y de orgullo nobiliarios, en armonía con sus vidas, ocupaciones mezquinas cuando pasan á ser lo principal de una vida de la que sólo deben de ser lo accesorio, todas aquellas familias tenían un cierto valor intrínseco, que, puesto de relieve, se convertía en valor nominal. Ninguna de aquellas familias ha tenido valor para decirse: ¿somos bastante fuertes para obtener el poder? Se arrojaron sobre él como hicieron los abogados en 1830. En lugar de mostrarse protector como un grande, el arrabal Saint Germain fué ávido como un advenedizo. Desde el día en que la nación más inteligente del mundo tuvo la prueba de que la nobleza restaurada organizaba el poder y el presupuesto en provecho propio, quedó mortalmente enferma. Quería ser una aristocracia, cuando no podía ser más que una oligarquía, dos sistemas bien diferentes y que comprenderá todo hombre que sea bastante hábil para leer atentamente los nombres patronímicos de los lores de la alta cámara. Indudablemente que el gobierno real tuvo buenas intenciones; pero olvidóse constantemente que al pueblo es preciso hacerle creer todo,

hasta su dicha, y que Francia, mujer caprichosa, quiere ser feliz ó golpeada á su antojo. Si hubiera habido muchos duques de Navas, el trono de la reina mayor hubiera llegado á ser tan sólido como el de la casa de Hanovre. En 1814, y sobre todo en 1820, la nobleza francesa tenía que dominar al pueblo más instruído, á la burguesía más aristocrática, al país más afeminado del mundo. El arrabal Saint Germain podía fácilmente conducir y entretener á una clase media ébria de distinciones, enamorada del arte y de la ciencia; pero los mezquinos directores de aquella gran época odiaban todos el arte y las ciencias y no supieron siquiera presentar la religión que tanto necesitaban con los poéticos colores que tanto atractivo le hubiesen comunicado. Cuando Lamartine, Montalambert y algunos otros escritores de talento doraban de poesía y renovaban ó agrandaban las ideas religiosas, todos aquellos que malbarataban el gobierno hacían sentir la amargura de la religión. Jamás nació alguna fué más complaciente, porque estaba entonces como una mujer dormida que se entrega con facilidad; pero jamás poder alguno cometió más torpezas, y Francia y la mujer prefieren las faltas á éstas. Para reintegrarse, para fundar un gobierno oligárquico, la nobleza del arrabal tenía que registrarse con buena fe para encontrar en sí la moneda de Napoleón, destriparse para hallar en el vacío de sus entrañas un Riche-lieu constitucional, y si este genio no estaba en ella, ir á buscarlo á la fría buhardilla, donde podía hallarse á punto de morir, y asimilárselo, como se asimila la cámara de los lores á los aristócratas del azar, y enseguida ordenar á este hombre que fuese implacable, que destruyese las ramas podridas, que diese nueva savia al árbol aristocrático. Pero en un principio el gran sistema del teorismo inglés era demasiado inmenso para cabezas pequeñas, y su importación exigía demasiado tiempo á las pasiones para las cuales una victoria laboriosa equivale á un fiasco. Por otra parte, lejos de adaptar esta política redentora que va á buscar la fuerza donde Dios la ha puesto, aquellos grandes pequeños odiaban toda fuerza que no proviniese de ellos; finalmente, lejos de rejuvenecerse, el arrabal Saint Germain ha envejecido. La etiqueta, institución de segunda necesidad, podía ser mantenida si no hubiese aparecido más que en las grandes ocasiones; pero la etiqueta se convirtió en lucha cotidiana, y en lugar de ser una cuestión de arte ó de magnificencia,

pasó á ser una cuestión de poder. Si al trono le faltó en un principio uno de aquellos consejeros tan grandes como grandes eran las circunstancias, la aristocracia careció sobre todo del conocimiento de sus intereses generales que hubiera podido suplirlo todo, y se retuvo ante el matrimonio del señor de Talleyrand, único hombre que tenía una de esas cabezas metálicas donde se forjan los sistemas políticos con que reviven gloriosamente las naciones. El arrabal se burló de los ministros que no eran nobles, y no daba nobles bastante superiores para ser ministros; podía prestar servicios verdaderos al país ennobleciendo á las justicias de paz, fertilizando el suelo, construyendo caminos y canales; pero vendía sus tierras para jugar á la bolsa. Podía privar á la burguesía de sus hombres de acción y de talento, abriéndoles sus puertas; pero prefirió combatirles sin armas, pues sólo tenía por tradición lo que antes poseía en realidad. Desgraciadamente para aquella nobleza, contaba aun con fortunas bastantes para sostener su altivez. Contenta con sus recuerdos, ninguna de aquellas familias pensó seriamente en hacer tomar las armas á sus primogénitos para abrirse paso en el siglo XIX. La juventud, excluída de los negocios, bailaba en casa de Madama en lugar de continuar en París la obra que cada jefe de familia había comenzado en los departamentos conquistando el reconocimiento de sus títulos mediante continuos pleitos en favor de los intereses locales, y acomodándose al espíritu del siglo y refundiendo la costa á placer del tiempo. Concentrada en el arrabal Saint Germain, donde vivía aun el espíritu de las antiguas oposiciones feudales, mezclada con el de la antigua corte, la aristocracia, mal unida en el palacio de las Tullerías, fué más fácil de vencer porque no tenía más que un punto de apoyo en la cámara de los pares, y éste muy mal constituido. Tejida en el país, pasaba á ser indestructible; pero recogida en el arrabal, adosada á palacio, extendida en el presupuesto, bastaba un hachazo para cortar el hilo de su vida agonizante, y la insípida figura de un abogadillo avanzó de pronto para dar el tal hachazo. A pesar del admirable discurso del señor Royer Collard, el derecho de sucesión de la dignidad de par y sus mayorazgos cayeron ante los pasquines de un hombre que se alababa de haber disputado algunas cabezas al verdugo; pero que mataba torpemente á grandes instituciones. Hay en este hecho ejemplos y enseñanzas para el porvenir.

Si la oligarquía francesa no tuviese una vida futura, habría no sé que triste crueldad en molestarla después de su muerte, y entonces no sería preciso pensar ya más que en su sarcófago; pero si el escalpelo de los cirujanos es duro de sentir, devuelve á veces la vida á los moribundos. El arrabal Saint Germain puede llegar á ser más poderoso siendo perseguido, que cuando estaba triunfante si se aviene á tener un jefe y un sistema.

Ahora es fácil resumir este relato semipolítico. Aquella falta de amplitud de miras y aquel vasto conjunto de pequeñas faltas, el desco que todo el mundo sentía de establecer grandes fortunas, una necesidad real de religión para sostener la política, una sed de placer que dañaba al espíritu religioso, las resistencias parciales de algunos espíritus elevados que veían las cosas claras y que contrariaron las rivalidades de la corte; la nobleza de provincias, más pura á veces de raza que la nobleza de las cortes; pero que, al sentirse herida, cobró desafecto á la raza, todas estas causas se unieron para comunicar al arrabal Saint Germain las costumbres más discordantes. No fué ni compacto su sistema, ni consecuente en sus actos, ni completamente moral, ni francamente licencioso, ni corrompido, ni corruptor; no abandonó enteramente las cuestiones que le dañaban y no adoptó las ideas que le hubiesen salvado. En fin, por débiles que fuesen las personas, el partido se habría armado sin embargo de todos los grandes principios que constituyen la vida de las naciones. Ahora bien, para aparecer en medio de su fuerza ¿qué es preciso hacer? Fué quisquilloso en la elección de las personas presentadas, tuvo buen gusto y desprecio elegante; pero á decir verdad, su caída no tuvo nada de brillante ni de caballeresco. La emigración del 89 acusaba aun sentimientos; en 1830 la emigración al interior no acusa ya más que intereses. Algunos hombres ilustres en las letras, los triunfos en la tribuna, el señor de Talleyrand en los congresos, la conquista de Argel, y algunos nombres que se hicieron históricos en el campo de batalla, muestran á la aristocracia francesa los medios que le quedan para nacionalizarse y hacer que le reconozcan aun sus títulos, si es que se digna aspirar á ellos. En los seres organizados se realiza siempre un trabajo de armonía íntima. Si un hombre es perezoso, denota su pereza en cada uno de sus movimientos; asimismo, la fisonomía de una

clase de hombres se conforma con su espíritu general, con el alma que enseña sus cuerpos. Bajo la Restauración, la mujer del arrabal Saint Germain no desplegó ni el altivo atrevimiento que las damas de la corte empleaban antes en sus devaneos, ni la modesta grandeza de las tardías virtudes con que expiaba sus faltas, virtudes que le comunicaban á veces un gran lustre. No tuvo nada de excesivamente ligero ni excesivamente grande, salvo algunas excepciones, sus pasiones fueron hipócritas, y transigió, por decirlo así, con sus goces. Algunas de aquellas familias hicieron la vida plebeya de la duquesa de Orleans, cuyo lecho conyugal era enseñado tan ridículamente á los visitantes del palacio real; dos ó tres apenas continuaron las costumbres de la regencia y causaron una especie de disgusto á mujeres más hábiles que ellas.

Esta nueva gran dama no ejerció ninguna influencia en las costumbres: podía, sin embargo mucho; podía, en caso desesperado, ofrecer el espectáculo de las mujeres de la aristocracia inglesa; pero titubeó estúpidamente ante las antiguas tradiciones, fué devota de ellas á la fuerza, y lo ocultó todo, hasta sus hermosas cualidades. Ninguna de aquellas francesas pudo crear un salón al que las eminencias sociales pudiesen concurrir á recibir lecciones de buen gusto y de elegancia. Sus goces, tan semejantes antes en literatura, quedaron completamente anulados. Ahora bien, cuando una literatura no tiene sistema general, no forma cuerpo y se disuelve con su siglo. Cuando en una época cualquiera se halla en una nación un pueblo aparte constituido de este modo, el historiador encuentra en él casi siempre una figura principal que resume las virtudes y los defectos de las masas á que pertenece. Coligny entre los hugonotes, el coadjutor en el seno de la Fronda, el mariscal Richelieu, en tiempo de Luis XV, Danton cuando el Terror. Esta identidad de fisonomía entre un hombre y su cortejo histórico está en la naturaleza de las cosas. Para dirigir un partido, ¿no es preciso estar de acuerdo con sus ideas? Para brillar en una época ¿no es necesario representarla? De esta obligación constante en que se halla la cabeza juiciosa, presidente de los partidos, de obedecer á las preocupaciones y á las locuras de las masas que forman su cola, derivan precisamente las acciones que reprochan ciertos historiadores á los jefes de los partidos, cuando, distantes de las terribles evo-

luciones populares, juzgan en fin las pasiones más necesarias para la dirección de las grandes luchas seculares. Lo que es verdadero, lo que es cierto en la comedia histórica de los siglos, es igualmente cierto en la esfera más estrecha de las escenas parciales del drama nacional llamado las costumbres.

Al empezar la vida efímera que inició el arrabal Saint Germain durante la Restauración, vida á la cual, si las consideraciones precedentes son ciertas, no supo dar consistencia, una joven fué pasajeramente el tipo más completo de la naturaleza superior y débil á la vez, grande y pequeña de su corte. Era una mujer artificialmente instruida, realmente ignorante; llena de sentimientos elevados, pero falta de un pensamiento que los coordinase. que gastaba los más ricos tesoros del alma en obedecer á las conveniencias, que estaba dispuesta á desafiar á la sociedad, pero que titubeaba y llegaba al artificio á causa de sus escrúpulos, que tenía más testarudez que carácter, más capricho que entusiasmo, más cabeza que corazón, soberanamente mujer y soberanamente coqueta, parisiense ante todo, que amaba el brillo y las fiestas, que no reflexionaba ó reflexionaba demasiado tarde, que poseía una imprudencia que no carecía de cierta poesía, que era insolente hasta maravillar, pero humilde en el fondo del corazón, que hacía alarde de fuerza como una caña muy derecha, pero que, como esta caña, estaba dispuesta á doblegarse al influjo de una mano poderosa, y, finalmente, que hablaba mucho de religión, aunque no le gustaba, si bien se sentía dispuesta á aceptarla como un desenlace. ¿Cómo hacer el retrato de una criatura verdaderamente múltiple, susceptible de egoísmo y olvidándose de ser nerviosa para decir una maldad, joven y suave, menos vieja de corazón que envejecida por las máximas de los que la rodeaban, que tenía todos los vicios del cortesano y todas las noblezas de la mujer adolescente, que desconfiaba de todo y que sin embargo llegaba á veces á creerlo todo? Y de hacerlo, ¿no resultaría siempre un retrato sin acabar el de la mujer cuyos tonos chocasen, si bien produciendo una confusión poética porque hubiese una luz divina, un brillo de juventud que comunicase á sus confusas facciones una especie de unidad? La gracia le servía de lazo de armonía; nada en ella era fingido: Aquellas pasiones, aquellas semipasiones,

aquella vejez de grandeza, aquella realidad de pequeñez, aquellos sentimientos fríos y aquellos arrebatos eran naturales y salían de su situación tanto como la de la aristocracia á la cual pertenecía. Se comprendía ella sola, y se colocaba orgullosamente por encima del mundo, al abrigo de su nombre. Había del yo de Medea en su vida, como en la de la aristocracia, que se moría sin querer colocarse ni en su asiento, ni tender la mano á algún médico político, ni tocar, ni ser tocada, tan débil se sentía ó polvo ya. La duquesa de Langeais, así se llamaba, hacía unos cuatro años que estaba casada, cuando la Restauración quedó consumada, es decir, en 1816, época en la cual Luis XVIII, iluminado por la revolución de los Cien-días, comprendió su situación y su siglo, á pesar de lo que le rodeaba, que, sin embargo, triunfó más tarde sobre aquel Luis XI menos la trocha, cuando fué abatido por la enfermedad. La duquesa de Langeais era una Navarreins, familia ducal que desde Luis XV tenía como principio no abdicar de su título en sus alianzas. Los hijos de aquella casa tenían que tener, tarde ó temprano, un asiento en la corte. A la edad de dieciocho años, Antonieta de Navarreins, salió del profundo retiro donde había vivido para casarse con el hijo mayor del duque de Langeais. Las dos familias estaban entonces alejadas del mundo, pero la invasión de la Francia hacía presumir á los realistas la vuelta de los Borbones como la única terminación posible de las desgracias de la guerra. Los duques de Navarreins y de Langeais, que habían permanecido fieles á los Borbones, habían resistido noblemente todas las seducciones de la gloria imperial, y en las circunstancias en que se encontraban antes de aquella unión, tuvieron que obedecer naturalmente á la vieja política de sus familias. La señorita Antonieta de Navarreins se casó, pues, hermosa y pobre, con el señor marqués de Langeais, cuyo padre murió algunos meses después de efectuado este matrimonio. Á la vuelta de los Borbones, las dos familias recobraron su rango, sus cargos y sus dignidades en la corte, y entraron en el movimiento social, fuera del cual se habían mantenido hasta entonces, convirtiéndose en las más brillantes notabilidades de aquel nuevo mundo político. En aquel tiempo de bajezas y de falsas conversiones, la conciencia pública se recreó en reconocer en aquellas dos familias la fidelidad sin tacha, la armonía entre la vida

privada y el carácter político, á los cuales todos los partidos rinden involuntariamente homenaje. Pero, á causa de una desgracia bastante común en los tiempos de transacción, las personas más puras y que, por la elevación de sus miras y la sabiduría de sus principios, hubieran hecho creer en Francia en la generosidad de una política nueva y atrevida, fueron descartadas de los negocios, que caían en las manos de gentes interesadas en llevar los principios al extremo para dar pruebas de abnegación. Las familias de Langeais y de Navarreins permanecieron en la más alta esfera de la corte, condenadas á los deberes de la etiqueta, así como á los reproches y á las burlas del liberalismo, acusados de recrearse con honores y riquezas, mientras su patrimonio no aumentó, y que las liberalidades de la lista civil se consumieron en gastos de representación, necesarios á toda monarquía europea, aunque esta misma fuese republicana. En 1813, el señor duque de Langeais mandaba una división militar, y la duquesa tenía, al lado de una princesa, una plaza que la autorizaba para vivir en París, lejos de su marido, sin que esto causase escándalo. Por otra parte, además de su mando, el duque tenía un cargo en la corte, á donde iba de cuando en cuando dejando entretanto el mando de la división.

Sin que el mundo lo supiese, el duque y la duquesa vivían, pues, enteramente separados de hecho y de corazón. Aquel marido de conveniencia había tenido la suerte bastante general de estos poetas de familia. Los dos caracteres más antipáticos del mundo se habían visto unidos, habían luchado secretamente, secretamente se habían herido, y quedaron separados para siempre. Luego, cada uno de ellos había obedecido á su naturaleza y á las conveniencias. El duque de Langeais, espíritu tan metódico como pudiera serlo el caballero de Ofalord, se entregó metódicamente á sus gustos, á sus placeres, y dejó á su mujer en libertad de seguir los suyos, después de haber reconocido en ella un espíritu eminentemente orgulloso, un corazón frío, una gran sumisión á las costumbres del mundo y una lealtad fogosa y que debía permanecer pura á los ojos de sus mayores y á la luz de una corte gazmoña y religiosa. Hizo, pues, con gran frialdad la vida del gran señor del siglo anterior, abandonando á sí misma á una mujer de veintidós años gravemente ofendida y cuyo carácter poseía una es-

pantosa cualidad: la de no perdonar nunca una ofensa cuando todas sus cualidades de mujer, cuando su amor propio y todas sus virtudes habían sido desconocidas y heridas ocultamente. Cuando un ultraje es público, á una mujer le gusta perdonar, pues tiene probabilidades para engrandecerse y es mujer en su elocuencia; pero las mujeres no absuelven nunca las ofensas secretas, porque á las mujeres no les gustan las cobardías, las virtudes, ni los amores secretos.

Tal era la posición desconocida por el mundo en que se hallaba la duquesa de Langeais cuando llegaron las fiestas dadas con motivo del matrimonio del duque de Berry. En aquel momento la corte y el arrabal Saint Germain salieron de su atonía y de su reserva. Allí empezó realmente aquel esplendor inaudito que engañó al gobierno de la Restauración. En aquel momento, la duquesa de Langeais, fuese por cálculo, fuese por vanidad, no se presentaba nunca ante el mundo sin ir rodeada ó acompañada de tres ó cuatro mujeres tan distinguidas por su nombre como por su fortuna. Reina de la moda, tenía sus damas de compañía, las cuales reproducían ó imitaban sus modelos y su ingenio. Ella las había escogido hábilmente entre algunas personas que no tenían aun intimidad entre los cortesanos ni entre los habitantes del arrabal Saint Germain, y que, sin embargo, tenían la pretensión de llegar á las gradas del trono y mezclarse con los seráficos poderes de la elevada esfera denominada palacio. En esta situación, la duquesa de Langeais era más fuerte, dominaba mejor y estaba más segura. Sus damas la defendían contra la calumnia y la ayudaban á desempeñar el detestable papel de mujer á la moda. Podía burlarse á su gusto de los hombres y de las pasiones, excitarlos, recoger los homenajes que sirven de pasto á toda naturaleza femenina y permanecer á pesar de todo dueña de sí misma. En París, en la más elevada sociedad, la mujer es siempre mujer: vive de incienso, de halagos, de honores. La belleza más real, la figura más admirable no es nada si no es admirada: un amante y las zalamerías son los testimonios de su poder. ¿Qué es un poder desconocido? Nada. Suponed la mujer más bonita sola en un rincón del salón, y veréis que está triste. Cuando una de estas criaturas se encuentra en el seno de las magnificencias sociales, quiere, pues, reinar en todos los

corazones á falta de poder ser soberana feliz de uno solo. Aquellos tocados, aquellos afeites, aquellas coqueterías, se hacían para los seres más pobres que ha habido, para fatuos sin ingenio, hombres cuyo mérito consistía en una buena figura y por los cuales todas las mujeres se comprometían sin provecho, verdaderos ídolos de madera dorada que, salvo algunas escepciones, no tenían ni los antecedentes de los hombres de la Fronda, ni el valor de los héroes del imperio, ni el ingenio y las maneras de sus antepasados, pero que querían ser gratos ó algo que se les pareciese; que eran valientes como lo es la juventud francesa, hábiles sin duda si hubiesen sido puestos á prueba y que no podían ser nada, á causa del imperio de los ancianos que les cerraban el paso. Fué aquella una época pia, mezquina y sin poesía. Una restauración tal vez necesita mucho tiempo para convertirse en una monarquía.

Hacia ya dieciocho meses que la duquesa de Langeais hacía esta vida ociosa ocupada únicamente en el baile, en las visitas hechas para el baile, en triunfos sin objeto y en pasiones efímeras nacidas y muertas en una noche. Cuando llegaba á un salón, las miradas se concentraban en ella, ella recolectaba palabras halagüeñas y algunas expresiones apasionadas que eran provocadas por su gesto y por su mirada, pero que no pasaban nunca más allá de la epidermis. Su tono, sus modales, todo en ella tenía autoridad. Vivía en una especie de fiebre de vanidad, de perpetuo goce que la aturdió. Era bastante libre en la conversación, lo escuchaba todo y se depravaba, por decirlo así, la superficie del corazón. Una vez en su casa, se ruborizaba de aquellas cosas que la habían hecho reír y de tal ó cual historia escandalosa cuyos detalles le ayudaban á discutir los tronos del amor que ella no conocía, y las sutiles distinciones de la pasión moderna que algunos hipócritas le comentaban, pues las mujeres, sabiéndoselo decir todo entre ellas, pierden más hombres que corrompen. Hubo un momento en que comprendió que la criatura amada era la única cuya belleza y cuyo talento pudo ser universalmente reconocido. ¿Qué prueba un marido? Que de soltera una mujer estaba ó ricamente dotada ó bien educada, que tenía una madre hábil, ó que satisfacía las ambiciones del hombre, pues un amante es el constante programa de sus perfecciones personales. El señor de Langeais, supo, joven

aun, que una mujer podía dejarse amar ostensiblemente sin ser cómplice del amor, sin aprobarlo, sin contentarlo más que con las insignificantes causas del amor, y más de una gatita muerta le reveló los medios de representar estas graciosas comedias. La duquesa tuvo, pues, su corte, y el número de los que la adoraban ó cortejaban era una garantía de su virtud. Era coqueta, amable, seductora hasta el fin de la fiesta, del baile ó de la velada, pero una vez que caía el telón, se volvía sola, fría é indiferente para revivir al día siguiente con otras emociones igualmente superficiales. Había dos ó tres jóvenes completamente engañados que la amaban sinceramente y de los cuales se burlaba ella con perfecta insensibilidad. La duquesa se decía: —Soy amada, me aman.—Y esta certidumbre le bastaba. Semejante al avaro satisfecho de saber que sus caprichos pueden ser cumplidos, ella no llegaba nunca á sentir el deseo. Una noche se halló en casa de una de sus amigas más íntimas, en casa de la señora vizcondesa de Fontaine, una de esas humildes rivales que la odiaban cordialmente y la acompañaban siempre, especie de amistad armada que inspira desconfianza á ambas partes y en la que las confidencias son hábilmente discretas y á veces pérfidas. Después de haber distribuido algunos saludos protectores, afectuosos ó desdeñosos con el aire propio de la mujer que conoce todo el valor de sus sonrisas, sus ojos se fijaron en un hombre que le era completamente desconocido, pero cuya fisonomía, ancha y grave le sorprendió ó sintió al verle una emoción bastante semejante á la del miedo y le preguntó á la señora de Maufrigueuse:

—Querida mía, ¿quién es ese recién venido?

—Un hombre del que sin duda habrás oído hablar, el marqués de Montriveau.

—¡Ah! ¿es él?

Y tomando su monóculo lo examinó muy impertinentemente, cual habría hecho con un retrato que recibe miradas y no las devuelve.

—Presentádmelo, porque debe ser muy divertido.

—Nadie es más aburrido ni más sombrío que él; pero está de moda.

Armando de Montriveau era en aquel momento sin saberlo objeto de una curiosidad general, y la merecía más que ninguno de aquellos ídolos pasajeros que necesita París

y que le sirven de pasto algunos días, á fin de satisfacer esa pasión de entusiasmo ficticio que continuamente le domina. Armando de Montriveau era el hijo único del general Montriveau, uno de aquellos exnobles que sirvieron noblemente á la república y que pereció muerto junto á Joubert, en Noby. Gracias á la protección de Bonaparte, el huérfano fué colocado en el colegio de Charous, y al igual que otros hijos de general muertos en el campo de batalla, permaneció allí bajo la protección de la República francesa. Después de haber salido de aquella escuela sin ninguna clase de fortuna, entró en artillería y no era aún más que jefe de batallón cuando el desastre de Napoleón. El arma á que pertenecía Armando de Montriveau le había ofrecido pocas probabilidades de ascenso. En primer lugar el número de oficiales es más limitado que en los demás cuerpos de ejército, y además, las opiniones liberales casi republicanas que profesaba la artillería y los temores inspirados al emperador por una reunión de hombres sabios acostumbrados á profundizar, se oponía á la fortuna militar de la mayor parte de ellos. Así es que, en oposición á las leyes ordinarias, los oficiales llegados al grado de general no fueron siempre los individuos más notables del ejército, porque, como medianías que eran, causaban pocos temores. La artillería formaba un cuerpo aparte en el ejército y no pertenecía á Napoleón más que en los campos de batalla. A estas causas generales, que pueden ser explicación de la prosteración sufrida en su carrera por Armando de Montriveau, se unían otras inherentes á su persona y á su carácter. Solo en el mundo, sumido desde la edad de veinte años en medio de aquella tempestad de hombres en cuyo seno vivió Napoleón, y dispuesto á morir cada día, se había acostumbrado á no existir más que para una estimación interior y para el sentimiento del deber cumplido. Estaba generalmente silencioso como lo están todos los hombres tímidos, pero su timidez no provenía de la falta de valor, sino que era una especie de pudor que le impedía hacer toda demostración vanidosa. Su intrepidez en los campos de batalla no era fanfarronería, lo veía todo, podía dar tranquilamente un buen consejo á los compañeros, y salía al encuentro de las balas, si bien agachándose afortunadamente para evitarlas. Era bueno, pero su actitud le hacía pasar por altanero y severo. De un rigor matemático

en todo, no admitía ninguna componenda hipócrita ni con los deberes de una posición, ni con las consecuencias de un hecho. No se prestaba á nada vergonzoso, no pedía nunca nada para él. En fin, era uno de esos grandes hombres desconocidos que son bastante filósofos para despreciar la gloria y que viven sin apego á la vida porque no ven en ella medio de desarrollar su fuerza ó sus sentimientos en toda su extensión. Era temido y estimado, pero poco amado. Los hombres nos permiten que nos elevemos por encima de ellos, pero no nos perdonan nunca el que no descendamos hasta ellos. Por eso el sentimiento que conceden á los grandes caracteres no va completamente desprovisto de un poco de odio y de temor. Demasiado honor es para ellos una censura tácita que no perdonan ni á los vivos ni á los muertos. Después de los adioses de Fontainebleau, Montriveau, á pesar de ser noble con título, fué puesto á media paga. Su clásica prohibid ad asustó al ministerio de la guerra, donde conocían su apego y su respeto á los juramentos prestados al águila imperial. Cuando los Cien-días, fué nombrado coronel y permaneció en el campo de batalla de Waterloo. Como sus heridas le hubiesen retenido en Bélgica, no formó parte del ejército del Loira; pero el gobierno real no quiso reconocer los grados dados durante los Cien-días, y Armando de Montriveau abandonó la Francia. Llevado de su genio emprendedor y de aquella elevación de miras satisfecha hasta entonces con los azares de la guerra, y apasionado con los proyectos de gran utilidad, el general Montriveau se embarcó con objeto de explorar el alto Egipto y las partes desconocidas de África, sobre todo las comarcas del centro que tanto interés despiertan hoy entre los sabios. La excursión científica fué larga y desgraciada. Había recogido preciosas notas destinadas á resolver los problemas geográficos é industriales tan ardientemente buscados, y había logrado llegar después de grandes obstáculos hasta el corazón del África, cuando cayó por traición en poder de una tribu salvaje. Fué despojado de todo, reducido á esclavitud y paseado durante dos años á través de los desiertos, y amenazado de muerte á cada paso y más mal tratado que un animal en poder de implacables chiquillos. Su naturaleza fuerte y su constancia de alma le hicieron soportar todos los horrores de su cautividad; sacando energías de la esperanza de su evasión,

que fué verdaderamente milagrosa. Llegó á la colonia francesa del Senegal medio muerto, andrajoso y sin poseer nada más que informes recuerdos. Los hermosos sacrificios de su viaje, el estudio de los dialectos de África, sus descubrimientos y sus observaciones, todo quedó perdido. Un solo hecho hará comprender sus sufrimientos. Durante algunos días, los hijos de un Schic de la tribu en que él estaba de esclavo se entretuvieron en tomar su cabeza como blanco en un juego que consistía en arrojar desde bastante lejos los huesos de caballo y hacer que se sostuviesen encima. Montriveau volvió á París por el año 1818, y se encontró arruinado y sin tener protectores ni desearlos. Hubiese preferido morir mil veces antes que solicitar nada, ni siquiera el reconocimiento de sus derechos adquiridos. La adversidad, sus dolores, habían desarrollado su energía hasta en las cosas más pequeñas, y la costumbre que tenía de conservar su dignidad de hombre enfrente de ese ser moral llamado conciencia, realzaba sus actos más indiferentes en apariencia. Sin embargo, sus relaciones con los principales sabios de París y algunos militares instruidos dieron á conocer su mérito y sus aventuras.

Las particularidades de su evasión y de su cautiverio y las de su viaje atestiguaban tanta sangre fría, espíritu y valor, que adquirió sin saberlo esa celebridad pasajera de que son tan pródigos los salones de París, pero que exige esfuerzos inauditos á los artistas cuando quieren perpetuarla. A fines de aquel año, su posición cambió súbitamente. De pobre se convirtió en rico, ó al menos tuvo exteriormente todas las ventajas de la riqueza. El gobierno real, que buscaba atraerse á los hombres de mérito para dar fuerza al ejército, hizo algunas concesiones á los antiguos oficiales cuya lealtad y carácter conocidos ofrecían garantías de fidelidad. El señor de Montriveau fué restablecido en su puesto en la guardia real. Los favores le llegaron sucesivamente al marqués de Montriveau sin que él hubiese pedido ninguno. Los amigos le ahorraron los pasos personales que él se hubiera negado á dar. Después, contrariando sus costumbres, que se modificaron de pronto, fué al gran mundo donde se le acogió favorablemente y donde encontró por todas partes pruebas de alta estimación. Parecía haber encontrado un desenlace á su vida; pero todo ello era puramente íntimo, no había nada exterior. Tenía en sociedad un rostro grave y

recogido, silencioso y frío. Tuvo mucho éxito, precisamente porque sobresalía de la masa de las fisonomías convenidas que pueblan los salones de París, donde fué efectivamente nuevo. Su palabra tenía la concisión del lenguaje de las gentes solitarias ó de los salvajes. Su timidez fué tomada por altivez y agradó mucho. Era algo de raro, de grande, y las mujeres se enamoraron tanto más generalmente de él, por cuanto no se escapaba á sus diestros halagos, á su manejo con el cual engañan á los hombres más poderosos y corroen los espíritus más inflexibles. El señor de Montriveau no comprendía nada de aquellas monerías parisienses, y su alma sólo podía responder á las sonoras vibraciones de los sentimientos hermosos. Hubiese sido prontamente abandonado, á no ser por los encomiadores que le alababan sin que él lo supiese, y por el triunfo de amor propio que esperaba á la mujer de la que él se ocupase. Por esto la curiosidad de la duquesa de Langeais era tan viva como natural. Por un efecto casual, aquel hombre le había interesado la víspera, pues había oído contar el día anterior una de las escenas que, en el viaje del señor de Montriveau, producía más impresión en las movibles imaginaciones de la mujer. En una excursión hacia las fuentes del Nilo, el señor de Montriveau tuvo con uno de sus guías el caso más raro que se conoce en los anales de los viajes. Tenía que atravesar un desierto, y sólo podía ir á pie al lugar que quería explorar. Sólo un guía era capaz de conducirlo. Hasta entonces ningún viajero había podido penetrar en aquella parte de la comarca donde el intrépido oficial presumía que debía encontrar la solución de varios problemas científicos. A pesar de las reflexiones que le hicieron los ancianos del país y su guía, emprendió aquel terrible viaje. Armado de todo su valor, aguzado ya por el anuncio de terribles dificultades que vencer, partió al amanecer. Después de haber caminado durante todo un día, se acostó por la noche en la arena, experimentando un cansancio desconocido, causado por la movilidad del suelo, que parecía á cada paso huir bajo sus pies. Sin embargo, sabía que al día siguiente tenía que ponerse en camino al amanecer, pues su guía le había prometido que llegarían al medio día al término de su viaje. Esta promesa le dió valor, y á pesar de sus sufrimientos, continuó su camino maldiciendo un poco de la ciencia; pero avergonzado de quejarse delante de su guía, guardó el se-